

París, 30 junio de 2.008

## CARTA-CIRCULAR A MIS QUERIDOS CONSOCIOS LOS MIEMBROS DE LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAUL EN EL MUNDO

Queridos amigos y consocios:

Tres temas quiero dejar a la reflexión de mis consocios en el mundo, en este contacto íntimo y fraterno que, tradicionalmente, tengo ~~con todos ustedes en la mitad de cada año~~

**“Cuando Jesús tomo el vinagre, dijo: todo está cumplido. e inclinando la cabeza, entregó el espíritu” (Evangelio de San Juan 19,30)**

**A) ¿Qué quieres de mí, Señor?**

El Evangelio de San Juan, que la Santa Iglesia nos propone para el Viernes Santo, nos recuerda un año tras otro, estas palabras, las últimas de Jesús, antes de exhalar el Espíritu. Verdaderamente todo estaba cumplido. El Redentor, había venido con una misión clara para habitar entre los hombres: regalarnos el perdón de Dios ofreciendo su vida a cambio de ello. Todo estaba consumado después de unos años de enseñarnos desde como habíamos de dirigirnos al Padre, hasta como habíamos de entender nuestra relación con el resto de los hombres con la introducción del nuevo mandamiento: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (San Juan 13,34). Solo le quedaba entregar la vida y la entregó.

El Hijo de Dios, aquel que se había hecho hombre entre nosotros, había venido al mundo con una misión y la había cumplido. Esto es, su nacimiento, vida pública, entrega a una muerte con suplicio y posterior resurrección, no fue un fruto de la casualidad. No fue un accidente. No. Fue la asunción plena, consciente y responsable, de una misión encomendada y aceptada hasta las últimas consecuencias. Vence también Jesús la tentación de escaparse, de evitar el suplicio que él conoce de antemano, pero exclama dirigiéndose a Quien lo ha enviado: “No se haga mi voluntad sino la tuya” (Lucas 22,42). Es el último acto de una vida plenamente entregada a la misión confiada.

No solo Jesús, aunque en menor medida y fundamentalmente sin podernos comparar

con la grandeza de la misión que el Redentor recibe, todos nosotros venimos al mundo con una misión encomendada. Esto es, cuando el Buen Dios contempla nuestro nacimiento, el de cada uno de nosotros, sueña para cada uno ~~una vida, una misión, un compromiso que~~ desea que descubramos y nos entreguemos a él para contribuir a mejorar el mundo y la propia Historia de la Salvación. Después, sigue con interés como cada uno hacemos uso de la libertad que El mismo nos ha concedido y observa, la mayoría de las veces con tristeza, como correspondemos a la semilla que ha depositado en nuestra alma. Mejor, como no correspondemos corriendo tras ilusiones vanas que han de ir apartándonos de aquella misión confiada.

Cada consocio, cada miembro de las Conferencias de San Vicente, debe meditar profundamente en este pasaje del Evangelio de San Juan y preguntarse cual es su misión para poder llegar a decir al rendir la vida “todo está cumplido”. Que nos pide el Creador del mundo y como espera la respuesta de cada uno de nosotros, para ir enseñoreándolo.

Porque no es algo que afecte solo a los demás. Es una llamada que nos afecta también a cada uno de nosotros: a cada uno de los miembros de las Conferencias de San Vicente ~~de París y en lo que fallamos con igual~~ intensidad que el resto de los hombres. Llegar a las Conferencias, aposentarse en ellas y pasar un año tras otro en medio de los consocios y participando del dolor de los más pobres, no es suficiente si no logramos descubrir que es lo que quiere el Buen Dios de cada uno, al servicio de las Conferencias que es el lugar al que hemos venido caminando en pos de nuestra vocación de servicio a los más pobres .

Hasta el más humilde de nosotros, tiene una misión por el Buen Dios soñada para él y que tenemos la obligación de descubrir y entregarse a ella.

Para cada uno de los consocios, es necesario un proceso de discernimiento, de conocimiento íntimo de sus valores más

profundos y también de sus defectos. Un proceso de discernimiento, en el que hemos de encontrar sin duda, la ayuda de los que nos rodean, cuando les oímos escuchando atentamente, para que nos consideren más útiles y para que menos. Un proceso de discernimiento, que encontraremos siempre en el encuentro con el Buen Dios a través de la oración individual y comunitaria en el seno de la Conferencia.

¿Qué quieres Señor de mi? podría y debería ser la pregunta de todos nosotros. Que quiere el Buen Dios de ti, querido amigo que lees estas líneas, en su servicio a las Conferencias. En su servicio a la Conferencia en concreto a la que sirve. ¿Qué quieres de mi Señor?. Pues es seguro que descubrirá cual es esa misión particular e íntima que el Buen Dios le tiene reservada y que será sin duda alguna, diferente a la que me encomendará a mí como meta o a la de cualquiera del resto de los consocios. ¿Qué quieres Señor de mi?.

Ése proceso de discernimiento, nos obligará a estar permanentemente en guardia hacia lo que ocurre a nuestro alrededor. Pues, el Buen Dios, no suele hablarnos directamente, pero si lo hace con mucha frecuencia a través de los que nos acompañan en la vida o en algún momento se cruzan en nuestros caminos. ¿Quién no se ha sentido interpelado por las palabras de un consocio, de un amigo, de un hecho fortuito sucedido a nuestro alrededor?.

La Conferencia, cada una de ellas en el servicio que presta a los más pobres y también a los consocios que la componen, no es más que la suma de las voluntades de sus componentes. Esto es: su servicio, estará directamente influido por la calidad de cada uno de sus miembros en su entrega a la vida comunitaria de la Conferencia. Por tanto, la vida de cada una de nuestras Conferencias, estará directamente influida en su capacidad de servicio, por nuestra capacidad de haber escuchado lo que el Buen Dios quiere de cada uno y de cómo lo pongamos al servicio de la misma escuchando entonces todos juntos, lo que el Espíritu de Verdad, el Señor y dador de Vida, espera de nosotros como comunidad cristiana al servicio de los pobres.<sup>1</sup>

¿Qué quieres Señor de mi?<sup>2</sup> es una pregunta fundamental para cada uno de los consocios que ha de iluminar su propia vida y enriquecer la de la Conferencia a la que pertenezca. Profundizando incluso más allá

(1) Ya me refería a este extremo en la segunda parte de mi Carta-circular del pasado 30.06.07, a disposición del lector en [www.ozanct.org](http://www.ozanct.org)

(2) "La aceptación del Plan de Dios, en cada uno, hace crecer las semillas del amor, la generosidad, la reconciliación, y la paz interior, para ellos, sus familias y para todos aquellos con los que tienen contacto en su vida. Los vicentinos tienen el privilegio de animar estas señales de la presencia de Cristo resucitado en los pobres y entre ellos mismos" (Regla de la S.S.V.P. art. 1.11 tercer párrafo)

de la individualidad, es una pregunta que debe hacerse cada una de las Conferencias en el mundo, cada vez que examinen su servicio a favor de los más pobres. ¿Es verdad que estamos haciendo lo que Dios quiere que hagamos y que los pobres necesitan?.

Hemos de imaginar, queridos consocios, lo que seremos cada uno capaces de dar al mundo si escuchamos la llamada, la descodificamos, la aceptamos y a continuación la aplicamos a nuestra manera de vivir. Hemos de ser conscientes, de que haremos un mundo mejor si cada uno somos capaces de responder afirmativamente a la misión que Dios nos encomienda. Hemos de ser conscientes, de que si no lo hacemos así, algo permanecerá sin enriquecer el mundo por nuestra dejación y que éste, será un poco menos bueno porque nosotros, no fuimos capaces, no quisimos, averiguar o entregarnos a la misión que nos había confiado el Creador.

Son preguntas ya sean hechas individualmente o también colectivamente, que cada uno de los vicentinos debemos hacernos continuamente para poder decir un día imitando al Buen Dios: "todo está cumplido". Son preguntas que nos harán abandonar la complacencia en la que muchos vivimos y que nos acercarán a la auténtica inquietud en la que debemos vivir en cuanto a si estamos, realmente, respondiendo a las expectativas que el Buen Dios desde el principio de los tiempos, esperó de cada uno de nosotros.

Hay una pregunta que a todos se nos antojará increíble, inconcebible y rayana en lo irrespetuoso. Pero permítanme dejarla hecha para terminar la reflexión de esta primera parte de mi Carta. ¿Qué sería de todos y cada uno de nosotros, de toda la Humanidad, si Jesús, haciendo uso de su libertad, hubiera traicionado la voluntad de su Padre?. ¿Si jamás hubiera podido decir "todo está cumplido"? ¿Qué esperanza tendríamos hoy?.

No tendrá la misma repercusión. Evidentemente. Pero para la continuidad de la Historia de la Salvación, Dios quiere contar con las pequeñas aportaciones que nos inspira a cada uno de los nacidos. A cada uno de los bautizados. ¿Qué dejaremos de aportar al mundo si no nos hacemos la pregunta: ¿Qué quieres de mi, Señor?. Si después, huimos del cáliz que nos han confiado.

Es una pregunta que todos debemos hacernos permanentemente a lo largo de nuestra vida.

**B) Abiertos y en defensa de los valores cristianos**

Dos movimientos a lo largo del siglo XX, han influido poderosamente en los últimos cincuenta años. Los dos, nacidos en Europa a lo largo de los años 60.

Por un lado, el Concilio Vaticano II, llega para una puesta al día de los valores cristianos, de los valores evangélicos a la luz de los nuevos conocimientos y avances teológicos y a las nuevas formas de vida a las que el mundo se va abriendo. Pero sin olvidar, hasta que punto esos valores, han de influir en la civilización occidental que ha estado plenamente presidida por los valores cristianos a lo largo de los últimos mil quinientos años. No es consciente sin embargo la Iglesia, que los ritmos de los cambios han evolucionado profundamente y no hemos sido conscientes que si los resultados de un Concilio, antes tardaban siglos en concretarse, los modernos medios de comunicación y la trepidante vida que ha adquirido el mundo a lo largo del siglo que está viviendo, hacen necesaria una mucho más agresiva campaña de normalización, de extensión de ese mensaje Conciliar entre todos los hombres de buena voluntad.

La Santa Iglesia, ha perdido unos años valiosísimos para hacer llegar a los hombres y a su propio seno, muchas de las riquezas del Concilio que siguen siendo unas absolutas desconocidas para muchos hombres y, lo que es más peligroso, para muchos católicos. ¿Cuántos conocemos los documentos Conciliares?. ¿Cuántos somos capaces de explicárselos, a los hombres que conviven con nosotros, de una manera sencilla que los enamore como sin duda sucedería si fuéramos capaces de hacerlo?. No solo se presentan estos problemas frente a lo promulgado por el Concilio. ¿Cuántos somos capaces de explicar a fondo y con sencillez, la fabulosa Doctrina Social de la Iglesia? Una Doctrina abierta al hombre y por el hombre.

Por otro lado, el movimiento contrapuesto, el que proviene y tiene su "fetiché" en el llamado "mayo del 68", presidido por un nihilismo feroz va a elevar a los contravalores – la contracultura – que sale de su seno, a una ideología dominante donde las pulsiones de cada hombre, han de ser los valores que cuentan. Los verdaderamente importantes. Deshacen no solo la mayor parte de los límites morales que nos habíamos establecido en todos los terrenos desde Grecia o Roma. No solo. Estos, pasan a ser considerados frustradores para el hombre en su desarrollo físico y anímico. Mucho más astutos que el movimiento liderado por la Iglesia – el Concilio - y fundamentalmente más audaces, convencen a muchas buenas gentes de su generación, que hay que superar "conceptos

de antaño que han hecho, hacen y harán daño al desarrollo del hombre de conservarse". Estos conceptos absolutamente demoníacos, son aceptados casi como antaño las verdades de fe. Todo esta en causa, nada es permanente. Todo está sometido a revisión. No existen límites morales que indiquen al hombre la diferencia entre el bien y el mal. Es más, se acepta cada vez con mayor convencimiento, el concepto roussoniano de que el mal no existe. El mal se esconde y gana en muchas almas, la gran batalla de la mentira: la de su inexistencia.

Hoy, este alejamiento de los valores representados por la filosofía que nos legan griegos y romanos y que más tarde es enriquecida por el Cristianismo, que han permitido al hombre llegar a las cotas, imperfectas desde luego, pero inimaginables en los tiempos de la Resurrección del Salvador, constituyen un empobrecimiento del hombre que la Humanidad pagará si no somos capaces de volver a vivir dentro de los límites razonables del mensaje cristiano. Esto es, si no somos capaces de volver a entender que el bien y el mal existen y que solo apostando por el bien, podemos seguir construyendo la "Civitas Terrena" aspirando a la verdadera "Civitas Dei" ambas definidas por San Agustín, el empobrecimiento moral del mundo alcanzará magnitudes posiblemente nunca vistas.

Esta batalla, la batalla de la recuperación de la moral ¿debe ser campo de trabajo para las Conferencias?. Entiendo que sin ninguna duda. La pérdida de los valores, la pérdida de ese sentimiento de hacer el bien o hacer el mal, de ser conscientes de ello, implica una pobreza que va, en la mayoría de las ocasiones, incluso mucho más allá de otras pobreza que parecen más evidentes o más fáciles de detectar y menos complicado y exigente el luchar contra las mismas. Si la Regla nos recuerda que ningún trabajo caritativo es ajeno a la Sociedad<sup>(3)</sup>, no me cabe duda que esta nueva pobreza de los hombres del comienzo de este siglo, pero probablemente también de los sucesivos, debe ser atendida por nuestras Conferencias. Es otra pobreza más que se presenta ante nuestra puerta y nos desafía a atenderla por Amor. Por el Amor de Dios.

Los consocios, debemos todos hacer un enorme esfuerzo cara a nuestra formación permanente, que nos permita de una manera sencilla, como decía más arriba, ser capaces

(3) Puede verse respecto a esta pobreza, lo indicado en mi Carta-circular de 30.06.06 ([www.ozanet.org](http://www.ozanet.org)).

(4) "Ningún trabajo caritativo es ajeno a la Sociedad. Incluye cualquier forma de ayuda destinada a aliviar el sufrimiento o la privación y a fomentar la dignidad y la integridad humana, en todas sus dimensiones" (Regla de la SSSV, art. 1.3)

de explicar en nuestros medios, la postura del Magisterio de la Santa Iglesia, ante todas las cuestiones que hoy se debaten, en cualquiera de los lugares en los que habitualmente ejercemos nuestro apostolado y aún en aquellos otros, ya sean familiares, profesionales o de amistad, en los que veamos surgen las dudas ante conceptos y valores que todos nosotros deberemos tener claramente entendidos y conocidos como para compartirlos con conocimiento y seriedad, con los otros. Con todas las personas de buena voluntad, que van poco a poco siendo absorbidos por la filosofía dominante, y que no son capaces o no quieren, enfrentarlos a aquellos que aprendieron y compartieron de niños.

Especialmente importante es esta misión cara a los más jóvenes. Con ellos, con nuestros consocios más jóvenes, debemos desplegar todo nuestro conocimiento, para que conozcan y asuman los valores del bien y del mal, antes de que sean, algunos, arrastrados a una contracultura que les hará sin duda infelices antes o después.

La formación, es por tanto, un reto importantísimo para la Sociedad en general y para cada consocio en particular. No tiene, hoy, la organización, la capacidad para trabajar con cada miembro en esta etapa de la necesaria y permanente formación. Pero si la tiene para animar a cada consocio a esa formación permanente que nunca deberemos abandonar a lo largo de toda nuestra vida de apostolado.

No aspiraremos a ser maestros de nadie. Solo a ser portadores de algunos conocimientos necesarios, siempre en la simplicidad de nuestra actuación.

### C) El cambio sistémico

Para finalizar esta Carta-circular, permítanme los queridos consocios, que me refiera a un asunto que viene siendo tratado en las reuniones de la Familia Vicenciana a nivel internacional, a lo largo de los últimos dos años. Se trata de lo que se ha dado en llamar "cambio sistémico".

Bajo este título, la Familia que se inspira en San Vicente de Paúl, trata de recordarnos la necesidad de, potenciar el cambio drástico en la situación material de los pobres, a los que nos acercamos a ayudar.

Esto es: somos llamados ahora por el conjunto de la Familia, a lo que tantas veces hemos escuchado dentro de las Conferencias desde su fundación: sin ánimo de redención de la situación en que se encuentran cuando

es posible, no hay una verdadera acción caritativa. No hay una verdadera acción del amor.

Es importante, que cada Conferencia, implique todos sus recursos en la consecución de alcanzar con aquel que sufre y al que ayudamos, a la superación de ese sufrimiento y que recupere la posibilidad de vivir por si mismo y sin nuestra ayuda. Hemos de procurar, hemos de tener como objetivo, que aquellos de nuestros hermanos a los que ayudemos, alcancen la dignidad de poder hacer frente a sus necesidades por si mismos. Hemos de pensar por lo tanto, no solo en las obras asistenciales que, con tanta frecuencia, somos capaces de crear e ir más allá y trabajar más, en aquellas de promoción de los seres humanos.

Y hemos de hacerlo en los lugares que sea posible, en colaboración con ese formidable ejército de la caridad, que se engloba bajo el patronazgo de San Vicente. He recordado en muchas otras ocasiones, que hoy nuestra labor es un tanto incompleta y aminorada de fuerzas, cuando no trabajamos unidos al resto de la Familia Vicenciana en los lugares en los que nos encontremos dos o más de nuestras organizaciones trabajando sobre el mismo campo.

Las Hijas de la Caridad, los Padres Lazaristas, los Religiosos de San Vicente de Paúl, la Asociación Internacional de la Caridad, son preciosos colaboradores siempre en beneficio de los más pobres. Unámonos a ellos allí donde coincidamos. No dejemos que un celo mal entendido, nos lleve a trabajar en solitario, cuando los pobres serían mejor servidos haciéndolo conjuntamente.

Un año más queridos consocios, al dirigirme a todos ustedes, no quiero terminar sin hacerlo también humildemente a Nuestra Señora. Ella, que es Madre de la Iglesia, que cuida con amor de todos los movimientos que tratan de seguir el camino de Amor que nos dejó indicado su Hijo, nos ayude a conseguir, cada día, un mejor y más exigente servicio para aquellos en los que el mismo Cristo, quiso dejarnos la mejor de Su representación.

Con mi oración y afecto

*José Ramón Díaz-Torremocha*  
*XIV Presidente General*  
*(I.N.E.D.)*

INFORMESE DE LAS: NOTICIAS, PROYECTOS, BIOGRAFIAS, ETC. EN: [www.ozanet.org](http://www.ozanet.org)